

—Os habeis portado divinamente y os lo agradezco á mas de pagároslo; y por si acaso mas adelante necesito otra vez de vuestros servicios, ¿tendréis la bondad de decirme vuestro nombre?

—Sí señor; me llamo, Mehamela.

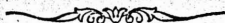
—Gracias. Abdalà apuntó el nombre de la vieja en una hoja de papel y lo guardó en su escarcela. Nos separamos; nada tenemos ya que pedirnos. Dichas estas palabras Abdalà se dirigió à la puerta; la vieja le siguió y el último adios se lo dió desde el dintel.

Escusado es decir que Abdalá, rebosando placer y alegría, llegó á su posada, tambien es escusado decir que dió orden á su servidumbre para marchar inmediatamente, y escusado es, en fin, decir que à la media hora habia abandonado la ciudad de Sevilla. Dejémosle marchar, y precedámoslo en Córdoba.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



CAPÍTULO X.



Diez y siete días iban trascurridos del plazo concedido al jóven Abdalà por el caballero Albayaldos para la resolución de la apuesta en que judicialmente habian concertado. Eran las nueve de la noche, pues, del día diez y siete de nuestra cuenta cuando en el palacio del Emir de Córdoba y en su salon principal una escojida y numerosa reunion se hallaba toda distraida con la conversacion hasta esta misma noche, casi diaria del resultado que obtendria la apuesta superdicha y á quien de los dos contendientes daria la fortuna la palma de la victoria. El caballero Albayaldos siempre que en su presencia y esto era muy á menudo, se hablaba del asunto, se sonreia indiferente y satisfactoriamente como no dudando de la triste suerte que le esperaba á su inesperto antagonista.

Eran, pues, repetimos las nueve de la noche y era asimismo cuando con mas calor se habia hablado del asunto por la sencilla razon de la aproximacion del fin del plazo, cuando la aparicion del jóven Abdalà en la puerta del salon sorprendió á la reunion ahogando las palabras en la garganta de los que hablaban en contra del jóven. Todas las miradas se fijaron despues

de pasada la primer sorpresa en el caballero Albayaldos que inmóvil cual una estàtua tenia la vista clavada en el semblante risueño, alegre, satisfactorio, enhiesto que presentaba su jóven competidor.

El silencio se hizo profundo y casi, fúnebre, mientras Abdalà con paso tranquilo, arrogante, adelantaba hácia la concurrencia que lo devoraba con ansiosa y muda curiosidad.

Todos los caballeros se levantaron, y él, comenzando por el Emir fué sucesivamente apretando entre las suyas las manos que todos le tendian y amistosamente.

El Emir fué el primero que rompió el silencio, y dirigiéndose al jóven le dijo:

—Seais bienvenido, caballero Abdalà: ¿qué nuevas nos traeis de nuestros hermanos de Sevilla? cómo os han tratado por allá? habeis logrado el objeto de vuestro viage à tan hermosa ciudad?

—Gracias; noble Emir, por vuestro saludo: nuevas de Sevilla, escelentes; nuestros hermanos y deudos gozan de los placeres distribuidos con mano pródiga por el escelso Mahoma: el tratamiento que me han dispensado ha llenado, ó mas bien superado todo cuanto mi noble linaje podia exigir: en cuanto al logro del objeto ó motivo que me llevó à Sevilla hablaremos mas despacio, porque así lo requiere su alta importancia. Será, pues, preciso que para esta declaracion que es de vida ó muerte para uno de los dos que combatimos, se hallen presentes todos los caballeros nobles que presenciaron el reto, la apuesta subsiguiente y estamparon su firma en el acta que manifiesta nuestra mútua responsabilidad.

—Nada mas justo que acceder à todo lo que pedis tan noble como galantemente: creo dijo el Emir tendiendo su vista por la concurrencia que le rodeaba, que, todos los que intervinieron en el reto, la apuesta y el acta se hallan presentes.

—Faltan Abdalí y Mohamet: exclamó Albayaldos.

Que los llamen de orden mia y trasladémonos al salon de sesiones para decidir esta noche misma en vista de los datos que se aleguen y presenten, por parte de quien está la victoria.

A estas secas y terminantes palabras proferidas por S. A. el Emir, los caballeros estraños á la deliberacion que se iba à constituir se ausentaron con las damas del salon del palacio: dos pajes salieron en busca de los dos cortesanos que faltaban. El Emir y los testigos se dirigieron al salon de sesiones; las que comenzarán tan pronto como todos los que deban componerlas se hallen reunidos.

Angustioso seria para el caballero Albayaldos verse ya, como quien dice, en vista del aspecto arrogante con que se presentará su competidor y sobre todo antes de terminar el plazo concedido, sentado en el banco de los acusados. Desgarrador seria, pues, para aquel hombre, modelo de caballeros, tipo de la mas refinada delicadeza é hidalguía, emblema de la honradez y cristianidad mas acendradas, verse víctima de la muger à quien habia dado con toda la fuerza de su alma generosa y noble su corazon y su mano! Declaraciones crueles iban à tener lugar ante su vista é iban à estar zumbándole en sus oidos hasta el borde del sepulcro! Acibarados momentos iba á disfrutar desde esta malhadada entrevista hasta que sus labios éxhalasen su último suspiro! que fin tan desastroso iba á sufrir un ser tan virtuosamente grande como desde que le conocemos le hemos contemplado! Digno era en verdad de mejor suerte una criatura, digámoslo de una vez, tan celestialmente angelical!! Por que, ¿quién dudará en vista de los datos que ya sabemos posee su contendiente Abdalà, de la suerte que le espera á nuestro héroe Albayaldos? habrá, lector amado, quien tenga todavía un estazo de esperanza? habrá salvacion aun para ese hombre de nosotros tan querido?... no desesperemos: aguardemos hasta el último momento: que nuestra esperanza

se hunda con él en el fondo húmedo y nauseabundo del fúnebre lecho de la eternidad....

Abdalí y Mahomet acudieron presurosos al llamamiento del Emir, y el tribunal, con arreglo à la legislación musulmana, se constituyó en breves momentos; S. A. el Emir presidia sentado en su trono y los jueces y testigos formaban un gran círculo à su alrededor: Albayaldos y Abdalá sentados frente al trono del Emir y fuera del círculo judicial iban à entablar su acusación y su defensa. El Emir tomó la palabra.

—Caballero Abdalá, estais en el uso de la palabra para esponer ante nos y su tribunal los datos que poseais contra la polémica entablada entre vos y el caballero Albayaldos. Os escuchamos:

Abdalá se levantó de su asiento; hizo una profunda reverencia al Emir, cruzadas sus dos manos sobre el pecho; lazó su vista hacia el cielo bajándola en seguida, y lenta pero con vos firme se dirigió al caballero Albayaldos.

—El alto é ilustre tribunal que nos vá à escuchar para juzgarnos despues con arreglo à las leyes, ha creído inútil exijirnos el juramento que prestan los villanos al presentarse como reos ó como testigos ante un tribunal, antes de concederles el uso de la palabra: este juramento se les toma para que por miedo à él digan la verdad de lo que se les pregunta; nosotros estamos libres de semejante acto denigrativo para los nobles, y nos obligamos por nuestra fé de caballeros é hidalgos à confesar la verdad aunque sea en daño nuestro.

—Concluid, exclamó Albayaldos de muy mal temple; noble y caballero soy y por consiguiente todo lo que estais hablando, es inútil: no necesito que nadie me recuerde ni mi nobleza, ni mi caballerosidad: al grano, pues, ya os escucho:

—Voy à ello. Abdalá sacó su escarcela la abrió y estrajo de ella un papel; lo leyó despacio y en alta voz, y de su lectura no se perdió para ninguno de los oyentes una sola sílaba. ¿Esta descripción trazada por

mi mano en este papel, en una de las varias noches que he descansado en vuestro dormitorio, confesad si es cierta y verdadera? Dijo Abdalá dirigiéndose al caballero Albayaldos.

Los ojos de todos los caballeros presentes estaban fijos en el semblante de Albayaldos. Este dió un suspiro ahogado y profundo y con voz clara y firme contestó:

—Todo es cierto y verdadero.

Un rumor sordo circuló lijero cual un rayo entre los que componian el tribunal: el rostro y los ojos de Abdalá, rebosaban satisfaccion y alegría. Este prosiguió:

—Vuestra esposa mide entre el sexo bello una estatura regular.

—Justamente.

—Ostenta cabellos de un color castaño claro; cejas divinamente perfiladas y casi negras; pestañas largas sedosas; ojos pardos grandes y espresivos; boca pequeña, labios purpurinos y dentadura de esmalte, dos lindos hoyuelos se la forman en sus sonrosadas mejillas cuando con su indefinible sonrisa anima el peregrino conjunto de su semblante. Un lunar mil veces hermoso y mil veces mas negro que las alas de un cuervo se ostenta orgulloso sobre el interior de su hombro, derecho. ¿Es cierto todo cuanto acabo de manifestar?

—Es ciertísimo.

—Pues aquí teneis como prueba incontestable un rizo de sus cabellos y los vellos que adornaban el lunar de su blanco y marmóreo hombro. Abdalá desplegó dos diminutos envoltorios de papel y presentó ante la vista del caballero Albayaldos aquellas dos prendas que cruelmente le traspasaban el corazon. Los dos objetos pasaron a la mesa del tribunal. Abdalá añadió ¿los reconocis como suyos?

—Los reconozco.

—Hemos concluido. Abdalá hizo una profunda reverencia al presidente y miembros del tribunal y se sentó tranquilamente.

Entonces el presidente se dirigió al caballero Albayaldos en la forma siguiente:

—Caballero Albayaldos: ¿no tenéis nada que decir en contra de lo que acaba de esponer el caballero Abdalá.

—Nada; serenísimo señor.

—¿Os confesais pues vencido?

—Sí, serenísimo señor.

—De manera que os hallais plenamente convencido de que vuestra esposa ha faltado à la fidelidad que un dia os juràra, manteniendo ilícito comercio con el caballero Abdalà?

—Estoy plenamente convencido de ello en vista de las pruebas presentadas por ese caballero.

—Basta. ¡Guardias! exclamó con voz firme y sonora S. A. el Emir.

Aquellos se presentaron en el vestíbulo de la puerta del salon.

—Conducid à ese caballero à la prision de honor de la torre del Norte; vá bajo vuestra inmediata inspeccion y responsabilidad; puede comunicar con todo el que quiera y todo le es permitido dentro de la prision, menos armas de cualquier clase que sean; y ordenad al doctor Mehendi que detenidamente examine las comidas y los líquidos, así como todo lo que penetre en la habitacion del ilustre preso. Marchad. Esta orden fué dada al oficial superior de las guardias de S. A.

El oficial y el preso abandonaron el salon.

—Caballero Abdalà, prosiguió S. A. retiraos y esperad en vuestra casa mis órdenes.

Abdalà saludó respetuosa y profundamente y salió.

El tribunal en vista del resultado de esta especie de careo entre los dos caballeros que sostenian la apuesta, sé constituyó en sesion permanente para decidir pronto y de una vez la suerte del vencido.

CAPÍTULO XI.



Y la sacrosanta religion que profesamos no nos cubriera con su manto de ilimitada pureza maternal, defendiéndonos contra nuestros multiplicados y satánicos enemigos, sucumbiríamos, no hay duda, en una lucha desigual y rastrera. El *Mal*; ese génio nacido del seno mas lóbrego y profundo del negro alcazar, region infernal y abominable de la morada del ángel caído y sus secuaces, se columpia constantemente en forma humana con megillas de rosa y vestido de oro sobre nuestras cabezas, y despues de herirnos con sus brillantes armas se despoja de sus dorados atavíos y de su bella figura, para presentársenos en forma horrible, monstruosa y martirizarnos con las armas propias de un *hijo del averno*.

Nosotros, que desde que conocemos á nuestro héroe,

Le hemos seguido paso à paso en todas sus acciones y aun en sus sentimientos, no podemos menòs de sentir un punzante pesar al verlo envuelto entre las férreas ligaduras de una trama tan cínica como infernalmente hurdida.

El lector que habrá desde un principio simpatizado con el caballero campeón de nuestro desaliñado relato, será presa también de ese mismo pesar que à nosotros atormenta.

Nada más noble, nada más grande que sufrir con resignación aunque con cruel angustia una desgracia tan indigna, arrojada sobre una inocente cabeza, por medios tan altamente reprobados.

¡Mirad à ese tribunal, compuesto todo él de personas que blasonan de nobles, ser juguete de las bellas formas con que se cubre la calumnia! miradlo, en vista de las pruebas à él presentadas con el barniz de incontestables, como va à dar su fallo de muerte contra un hombre soberanamente inocente; ¡Ah!! ¡será responsable ese imparcial y digno tribunal de la sentencia que va à proferir! de ninguna manera. Es que el génio del mal lo ha envuelto como à la víctima entre los pliegues de su dorado ropaje!.....

A las seis horas de un acalorado debate habido entre los individuos que componían el tribunal, se abrió el salón en que se hallaba constituido, dando orden para que se permitiese la entrada à todo el mundo y ordenando también que los caballeros Albayaldos y Abdalà ocupasen sus respectivos asientos como principales actores de la escena que iba à tener lugar.

El presidente y los individuos del tribunal se hallaban envueltos en un lúgubre silencio, parecía que cada cual se hallaba dominado por un pensamiento fijo que absorbía todas sus facultades; el público, que al instante había sido sabedor del asunto que se ventilaba, invadió todo el salón, Albayaldos y Abdalà ocupaban sus asientos; todo se hallaba en su lugar y no se es-

peraba mas que la voz del presidente que diese comienzo à tan pública sesion:

S. A. tocó una campanilla y todo quedó en el mas profundo silencio. Una mosca que hubiera atravesado el salon, habria sido sentida de todo el concurso.

—El tribunal ha permanecido en abierta discusion seis horas sobre la apuesta entablada entre los nobles caballeros Albayaldos y Abdalá referente á la fidelidad conyugal de la esposa del primero: el segundo ha probado con datos irrecusables y de una verdad autentica, confesada por el marido ultrajado, que la esposa de este llamada Abigail ha manchado con el imperdonable delito del adulterio la union conyugal. Nada oscura es en verdad la cuestion puesto que el marido ofendido, repito, está convicto y confeso de la falta de su esposa. El premio al vencedor de esta singular apuesta es la vanagloria adquirida de galanteador irresistible entre la pública opinion; el castigo al vencido así estipulado entre ambos contendientes de comun acuerdo, es la pérdida de la vida.

El tribunal, en vista de tales hechos y de tales pruebas; en vista de que el caballero Albayaldos no se defiende sino que al contrario se somete de buen grado á sufrir la pena que él mismo tuvo la imprudencia de imponer de una manera provocativa; en vista, en fin, de que todo ello ha sido pesado por el tribunal con la mayor escrupulosidad, imparcialidad y justicia en la balanza de la ley, fallamos: que el caballero Albayaldos sufra dentro del término de tercero dia la pérdida de su cabeza que será cortada por la mano de un soldado de la guarnicion que para ello se sorteará, pues como noble é hidalgo no puede el verdugo tocarlo con sus manos, à menos que el delito cometido le hubiera deshonrado á la faz del mundo. Se le conceden cuatro horas para escribir su testamento y demás que crea oportuno; pasado dicho plazo no se le permitirá comunicar con nadie. Al caballero Ab-

dalá se le declara por el tribunal libre y vencedor y en uso pleno de sus derechos como hombre y como hidalgo. El tribunal levanta la sesión.

Al concluir el presidente de proferir las últimas palabras, los guardias del palacio se apoderaron del caballero Albayaldos y lo condujeron de nuevo á su prision. Los individuos del tribunal se levantaron y el público sorprendido por la novedad del caso, se desbandó hablando y disputando hácia las salidas del palacio.

El caballero Albayaldos al verse solo y encerrado en su prision, se abandonó por largo rato en brazos de una angustia desesperante: lágrimas, sollozos y suspiros embargaron con sorpresa nuestra la serenidad impasible que le hemos visto desarrollar ante su enemigo y el tribunal que lo juzgó: empero ¿le es dado á persona que tenga dos dedos de frente permanecer impasible ante la muerte, y sobre todo, ante una muerte tan indignamente merecida? quién será el mortal que, con enhiesta cabeza y mirada fría, vea acercarse á precipitados pasos una muerte segura é inevitable, causada por la mano que momentos antes puede decirse, estrechábamos con cariño entre la nuestras? ¡Ah! es menester ser de bronce, no tener religion, en una palabra, ser una fiera para no sentir en nuestra alma un destello de sensibilidad y apurar con repugnancia hasta las heces la copa de la amargura.

Repuesto al fin el preso de su primer acceso de dolor, se dirigió con paso lento y firme hácia la mesa que se hallaba al pié de una de las enrejadas ventanas de la prision, y sentándose en una silla, tomó una pluma y púsose en actitud de escribir. Dejémosle hacer y leamos:

«Julia:

• Esposa infiel, me has desgarrado el alma y me has estrujado cruelmente con mano de hierro mi amante corazon.

»Hace unos instantes que mi mayor placer, mi mayor felicidad era pronunciar tu nombre y acordarme de tí. ¡Cuán ajeno estaba de tu perfidia! ay! ¡cuando mas distante cree uno estar del peligro es cuando lo tiene mas espantoso abierto bajo sus piés! qué desgraciadas son algunas criaturas! héme à mí, nadando en la riqueza, emparentado con los troncos reales mas opulentos de la Africa invicta, mimado por la fortuna; hundirme de pronto en una fosa asquerosa por la infame conducta de una mujer! de una mujer que un día fué mi mayor delicia, que no hace, puede decirse, mas que horas, que la entregaba mi corazón; y ella, risueña y peregrinamente bella, cual pintan à los ángeles, me tendia la mano que apoyaba sobre mi pecho, y me presentaba sus labios purpurinos que se unian con los míos, confundiendo así nuestros suspiros y nuestro amor. ¡Ah! Julia. ¿Es posible que tu sonrosado pecho encierre tanto veneno? es posible que à los pocos dias de encontrarte libre de mi presencia, hayas podido arrojarte en los brazos de un amante? es posible que tú, tú que preferias morir antes que faltar à la fé jurada ante las áras, hayas olvidado tu juramento y descendido tanto hasta revolcarte en el repugnante ceno tan del adulterio! ¡escóndete, Julia, escóndete en las entrañas de la tierra y oculta allí una falta tan grande ante los hombres y ante las leyes! Huye; esposa adúltera, y ocúltate en lo mas fragoso y áspero de los bosques, y llora allí con lágrimas de sangre tu gravísima culpa!..... No puedo proseguir; la angustia me ahoga, y concluyo diciéndote que tu falta ha sido grande, inmensa, monstruosa; empero es mas grande el amor que te profeso!.... te perdono, Julia!... sé que no puedo esperar de tí ni una lágrima, ni un recuerdo!.... mas te lo vuelvo à repetir; te perdono!!!..... Voy à morir, Julia!.. mira à donde me ha llevado tu infidelidad!.. dentro de tres dias te encontrarás tan libre como lo eras no hace mucho; perdóname, si en algo te ofendí: te lo pido pisando ya

el borde del sepulcro!.. derrama siquiera una lágrima, una solo lágrima; concédeme un instante de lugar en tu memoria, y moriré contento!... Adios!!...»

»ALBAYALDOS.»

Al concluir de escribir la carta precedente, el preso arrojó la pluma lejos de sí, y cubriéndose el rostro con ambas manos dió de nuevo salida al abundoso llanto que le ahogaba. ¡Es tan consolador el llanto cuando tan intensamente se padece!

La carta fué cerrada y llevada en posta à Sevilla con el especial encargo de ser entregada sin pérdida de tiempo à la hermosa Julia.

A las veinte y cinco horas de la salida del emisorio de la ciudad de Córdoba, la carta era religiosamente entregada.

Pintar la sorpresa que causó à la bella Julia la lectura de la carta que conocemos, nos es de todo punto imposible, solo nos es permitido decir al lector que al concluir de leerla fué víctima de un fuerte desmayo que, la tuvo dos horas imposibilitada de todo movimiento de toda accion. Mas así como la tranquila calma generalmente suele reemplazar à las mas desencadenadas tempestades, así nuestra jóven heroína se tranquilizó de pronto. Sus resoluciones, rápidas como el pensamiento que las concebía, las puso instantáneamente en obra. Llamó à su padre; le leyó con calma la carta para ella tan inconcebible y dió orden terminante de que se dispusieran caballos para trasladarse à Córdoba.

Todo el palacio se puso pues en movimiento y à la hora justamente de haber determinado partir, Julia, su padre y un criado de confianza, montados sobre briosos y soberbios caballos àrabes hendían los aires puede decirse con sus aligeras sombras.

Yà en Córdoba nuestros personajes, libres del cansancio que les causó un viaje de diez y siete horas, viaje increíble que mató los tres caballos que tan aceleradamente lo hicieron, tomaron todas sus medidas

enterados que fueron de la causa y circunstancias que habian motivado la sentencia á muerte dada por el tribunal contra el caballero Albayaldos.

Nadie mejor que el lector que paso á paso ha ido siguiéndonos en el curso de nuestro relato, está mas plenamente convencido de la inocencia de la casta Julia y del falso cuanto criminal proceder del jóven caballero Abdalá, antagonista en el terrible drama que relatamos, del esposo de aquella.

Tal vez crea el lector que Julia y su anciano padre inmediatamente que llegaron á la ciudad, teatro de tan triste como fúnebre desenlace de nuestra novela, se presentarian á los jueces que componian el tribunal, para hacer constar su inocencia y la infame cuanto calumniosa acusacion del enemigo de su marido; mas, no fué así; muy lejos estaba esta idea de la imaginacion de la bella Julia; lo primero que hizo al enterarse de todo fué dirigirse á la casa del platero mas afamado de Córdoba para hacerle el raro encargo de la construccion de una alhaja, como veremos en el diálogo siguiente:

—Soy de Sevilla, maestro, dijo Julia al hallarse dentro de la platería y frente al dueño de ella; la fama de vuestro ingenio y sabiduría ha llegado hasta allí y presurosa vengo á que me hagais en el preciso é improrrogable término de diez horas, un pendiente que tenga de precio intrínseco dos mil onzas.

—¡Señora! ¿qué decís? exclamó el platero sorprendido.

—La verdad. Julia se volvió hacia su padre y este la alargó un bolsón de seda. Aquí teneis, maestro, el valor del pendiente: dijo presentándole toda clase y de todos tamaños de piedras preciosas: ahora, poned precio á vuestro trabajo.

—En verdad, señora, que estas ricas piedras valen todo ó mas de lo que decís; pero, ¿cómo en tan corto espacio de tiempo quereis que os haga una alhaja tan hermosa?

—Podeis muy bien, maestro: llamad á otros maestros

que os ayuden; llamadlos; seis, ocho, ciento que sea preciso, y concluida; va en ello la vida de un hombre inocente.... y.... el tiempo corre. Despachad.

Dos lagrimas como dos perlas se desprendieron precipitadamente de sus pupilas y fueron rodando por sus purpúreas y blancas mejillas, hasta esconderse entre los bordados inapreciables de su vestido.

El platero quedó unos instantes pensativo.

—Está bien, señora, dijo; dentro de diez horas tendreis la alhaja, ¿en dónde vivís?

—No es necesario que os lo diga? este caballero que me acompaña vendrá á buscarla

—Quedamos conformes: en este momento voy á poner manos á la obra.

—Gracias, maestro, por vuestra condescendencia: algun dia, quizá no esté muy lejos, sepais quién soy, el servicio grande que me habeis hecho y digno en fin de mi reconocimiento, adios.

Julia y su padre salieron del obrador del platero y durante los diez minutos que tardaron en llegar á su habitacion, no se dirigieron la palabra; tan ensismados iban cada cual con su respectiva tribulacion.

Ved ahí á un hombre anciano, honrado, pundonoso, padre de tres hijas jóvenes y hermosas, que merced á la cristiana educacion que les ha dado, ha podido colocar tan ventajosamente á una de ellas; vedlo á los pocos dias de tan fausto como inesperado suceso, víctima de la pena que le causaba la desgracia de su hija que el creía sería ya eternamente feliz: vedlo encorvado bajo el peso de sus años, pisar ya el borde de la sepultura, deborar, en silencio un bocado bien amargo del fúnebre festin en que su adorado yerno, su querido hijo Jacinto iba á ser el único y principal actor. ¡Ah! esto es en extremo doloroso!

Ved á esa niña de quince años casta y hermosa, cristiana y virtuosamente limpia como el mas límpido cristal, cariñosa y amante esposa de un jóven caba-

llero, tipo de la hidalguía mas refinada, que creia haber alcanzado ya el pináculo de su dicha y de su felicidad; vedla protectora de un anciano padre y de dos bellas y honradas hermanitas, que no conocen en este mundo falaz mas apoyo ni amparo; vedla ahora entregada de lleno à una desesperacion sin límites puesto que era pública y atrozmente vilipendiada siendo tan pura como la pureza misma; vedla agarrada y sostenida del débil brazo de su pobre padre, caminar en este instante con vacilante paso y desigual aliento, demostrando en sus sollozos, suspiros y atolondramiento el estado mil veces doloroso en que se hallaba. ¡Ah! desgarrador es ver una niña tan idealmente bella, presa de una de esas aficciones que marchitan en un instante y para siempre el corazon mas tierno y vigoroso.

La desgracia es una de las cosas mas santas que hay sobre la tierra, y no hay ningun hombre, por mas desalmado y satánico que sea, que deje de respetarla y doblar la cerviz ante su imponente y digna presencia: echémosla pues respetuosamente un velo y volvamos à coger el hilo de nuestra narracion.

Son las diez de la mañana de un dia claro y hermoso: el sol radiante y diáfano arrojaba sus dorados rayos sobre los habitantes cordobeses y estos reunidos en grandes grupos compuestos de hombres, mujeres y niños ocupaban las calles, las azotéas, ventanas y balcones de uno de los ángulos de la ciudad hispano-árabe.

Notábase en tan grande como enciclopédica concurrencia que todos los semblantes respiraban una misma gravedad: las madres que tenían à sus niños en brazos les hablaban cierto lenguaje acompañado de señas, y los niños juntaban maquinalmente las manecitas y levantaban los ojos al cielo: todos marchaban silenciosos y cabizbajos, y cuando se reunian y conversaban lo hacian con misterio y en voz muy baja: vagaba sobre las cabezas de tantos miles de almas cierto no sé qué, que helaba las palabras en los labios y comprimía con una

fuerza eléctrica y extraordinaria todos los corazones: hasta la respiración era fatigosa y todos, todos eran víctimas de ese malestar angustioso que se siente en los lugares subterráneos, lóbregos y nauseabundos.

¿Qué cita era aquella á que habia acudido presurosa tanta gente? qué especie de nueva los habia con-vocado á aquel sitio? qué ocurría? de qué se trataba? era una fiesta de carácter alegre la que iba á distraer hoy á los habitantes de Córdoba? iba á celebrarse algun aniversario que recordase alguna victoria alcanzada sobre las huestes cristianas? iba á coronarse á algun nuevo Emir? qué era aquello, pues? ¡Ah! ya el lector lo habrá adivinado: ya el lector habrá vuelto su vista atrás y habrá visto en capilla y sentenciado á muerte al caballero Albayaldos.

Esto era lo que esperaba tanta gente allí reunida. Hoy á las once de la mañana se cumplía el término concedido al reo para su preparacion á la muerte. Todo estaba listo y solo se aguardaba ya á que diese la hora para ponerse en marcha la fúnebre comitiva.

La hora fatal no se hizo esperar. La guardia morisca llamada real se puso en movimiento, tocaron los clarines en son ronco y triste anunciando que el reo se movía ya en direccion al sitio elegido en donde habia de sufrir la última pena.

Una litera cubierta toda ella con adornos negros marchaba en primera línea á la espalda de la guardia real morisca: en esta litera se podia observar á favor de sus cristales hasta lo mas oculto de su interior: iban en el asiento principal el caballero Albayaldos vestido completamente de negro, y un sacerdote árabe, al cual, Albayaldos no prestaba oídos, pues su alma en aquellos momentos tan cristiana como en el primer instante de su conversion, iba arrobada por las gracias celestes. En el asiento de enfrente y de orden secundario iban dos jueces que conocian en la causa dispuestos á prestar todó linaje de proteccion al ilustre reo.

Detrás de esta primer litera marchaba otra régicamente adornada, en la cual donde iban el Emir, el caballero Abdalá, vencedor, y uno de los jueces del tribunal: á la litera real, ó sea á esta de que acabamos de hacer mérito, seguian otras varias conduciendo la servidumbre real, los altos dignatarios y gefes de armas del reino; y en último término, cien ginetes de la guardia y un pueblo ansioso de devorar con la vista el semblante magestuoso del reo.

Cerca ya la cabeza de la comitiva del teatro endonde habia de tener lugar escena tan triste y desgarradora, un acontecimiento imprevisto, inesperado, vino á turbar su tranquila y acompasada marcha.

Una señora jóven, de una belleza peregrina é ideal, engalanada con atavíos de esquisita riqueza, alta su tersa frente y con paso y dignidad de reina, se colocó entre la primera y segunda litera; un murmullo sordo, causado por la sorpresa y la admiracion circuló unos instantes por todo aquel inmenso gentío que llenaba las calles, puertas, ventanas, balcones y azoteas; la comitiva detuvo su marcha y todo el mundo esperaba con ansia el resultado de tan estraño incidente la señora, causa de tan gran efecto y revolucion en los ánimos de los que admirados la contemplaban, se dirigió á la portezuela de la segunda litera, y con voz firme, clara y sonora, y con ademan al mismo tiempo suplicante aunque digno, dijo dirigiéndose al emir:

—¡Justicia pido, señor...!! Estas palabras nacidas del corazon y arrojadas con la fuerza de una conciencia inocente y la candidez de una mujer enamorada y soberanamente herida en todo lo que en ella habia de mas tierno, cual era su fé de esposa, resonaron de tal manera, que se oyeron clara y distintamente en todas las partes que la rodeaban, merced al recojido cuanto profundo silencio que supo imponer su distinguida presencia su aire y dignidad de reina, su lujoso

atavío y la inexplicable y poderosa fascinación que presidía á su mirada.

El emir, y los que le rodeaban participaron de la admiración de la multitud; la angelical belleza de aquella mujer que tan de repente se les presentara, los dejó paralizados y sin acción; oyeron las precisas cuanto significantes palabras que pronunció, y no acertaban á contestarla; el emir fué el primero que se repuso del comun estupor, y; medio entre dientes y casi con timidez, preguntó á la señora que con tantos títulos de ser cortés y galantemente atendida, tenía de pie en su presencia:

—¿Qué es lo que pedís, señora?

—Justicia, señor.

El público apiñado en derredor de la litera del emir, oía perfectamente las palabras proferidas por este y la desconocida.

—Justicia decís; ¿y contra quién?

—Contra este caballero. El torneado brazo de la señora se estendió y el dedo índice señaló al caballero Abdalá: el emir y los dos jueces que le acompañaban fijaron en él su ávida cuanto estraña mirada. El público, donidado por la misma estrañeza de que disfrutaban los jueces y el acusado, contemplaba el semblante de este, que por instantes iba quedándose lívido al ser objeto de una acusación tan inesperada y que no sabía á donde iría á parar: parecía según su inmovilidad y palidez, la estatua de la sorpresa.

—Contra el caballero Abdalá, decís, señora?

—Sí, ilustre señor

—¡Oís, caballero! exclamó el emir dirigiéndose al jóven Abdalá que lo tenía á su derecha.

—La he oído, ilustre señor, y no acierto en verdad cual sea el delito que he cometido, para ser tan terminantemente acusado por esa mujer. Abdalá pronunció estas últimas palabras con marcado desprecio.

—Señora, repuso el emir, habeis oído lo que acaba

de manifestar este caballero; os ruego por lo tanto espongaís de una vez y con la mayor claridad la ofensa que se os haya inferido.

La hermosa desconocida descorrió con su mano tersa y blanquísima el velo que pendía de su cabeza y presentó á la vista del emir, jueces, Abdalá y el público numeroso que la contemplaba, su oreja derecha engalanada con un pendiente que, en su clase, era una alhaja de inapreciable valor: racimos de piedras preciosas caprichosamente entretrejidos; hojas y ramos de oro figurando laurel, artísticamente entrelazados sujetaban á aquellos, formando todo un admirable y hermoso conjunto. Pieza mas bella obra del arte no se habia visto hasta entonces adornando la cabeza de ninguna mora.

La admiracion del emir, jueces y público era indescriptible, baste decir que el gentío exhaló un rumor reconcentrado aunque largo y miles de cabezas se alargaban sobre miles de hombros para ver mejor á la desconocida y al pendiente que colgaba airoso y resplandeciente de su microscópica y sonrosada oreja.

—¿Veis este pendiente, ilustre señor? dijo la señora en cuanto se hubo restablecido la calma y el silencio interrumpido á la vista del gran pendiente.

—Lo veo, señora; y es en verdad una alhaja de inestimable valor.

—Pues el señor; y su dedo señaló al caballero Abdalá, me ha robado el otro que me falta, y presentando su oreja izquierda se la vió sin adorno alguno.

—¡Lo oís, caballero! exclamó el emir.

Abdalá, objeto entonces de las miradas escudriñadoras de todos, no contestó al emir y se dirigió lívido y colérico á la desconocida que tan atrozmente le acusaba.

—¡Yo, señora! ¿Sabeis lo que decís?... yo no os conozco;... yo no os he visto nunca.... yo no sé quién sois, ni de dónde venís!... sois una impostora; que la prendan!...

—¿Con qué no me conocéis? con qué no me habeis robado el riquísimo pendiente que me falta?... mentís, infame....

—Ilustre señor; ¿ois à esa muger? mandadla retirar; està loca; pues yo os juro à fé de caballero que ahora es la primera vez que la veo. Esta interrupción cortó las palabras de la desconocida; esta prosiguió:

—Oid, ilustré señor; oid, señores jueces; oid todos, todos, para que la reparacion sea tan pública como la ofensa. Este hombre dice que no me ha robado; y se dirigió al público señalando à Abdalá.

—Sí, sí; eso dice: contestó la multitud.

—Y en ello me afirmo y ratifico, añadió en voz alta Abdalá.

—Dice ademàs, que no me ha visto nunca, y por lo tanto que no me conoce; que es la vez primera que me vé hoy.

—Cierto; eso dice: repitió en coro la multitud.

—Y lo diré cien veces que fuera necesario, repuso Abdalá!

—Y no habiéndome visto nunca, ignorais quién soy? añadió la desconocida.

—Lo ignoro completamente; contestó Abdalá.

—Y entonces, vil calumniador; infame impostor; ser abyecto y miserable, cismo habeis tenido la osadia de sorprender á todo un tribunal con vuestras calumnias y falsedades?...

—Yo, ante el tribunal no he dicho y sostenido mas que la verdad, dijo gravemente Abdalá.

—¡Mentís, miserable!... Ante ese tribunal habeis sostenido que la esposa del caballero Albayaldos ha sido juguete de vuestros caprichos, tanto que hasta cabellos suyos y que sé yo cuantas cosas, poseeis de ella; ¿no es cierto?

—Es muy cierto, contestó, Abdalá.

—Pues he ahí, vuestro falso testimonio; vuestro vil é infame proceder ante el tribunal. Miradme bien, mal

caballero, miradme bien. ¡Yo soy la esposa del caballero Albayaldos!!!....

Un rayo que hubiera estallado rozando la frente del acusado y despues recorrido todo el espacio coronado las mil y mil cabezas de los espectadores, no hubiera causado tanto efecto, como causaron las palabras:

¡Yo soy la esposa del caballero Albayaldos!!! pronunciadas por la desconocida.

Abdalá se removió un poco sobre sus piés, quiso agarrarse al costado de la litera, se le turbó la vista, zumbàronle los oídos y cayó al suelo cual una masa inerte.

El pueblo, repuesto á los pocos instantes de la admiracion que le causara todo lo que estaba oyendo y viendo hacia media hora, sobre todo la confesion que acababa de hacer tan públicamente la desconocida, cambió de aspecto y con esa especie de instinto generoso que preside comunmente á las masas populares á la vista de escenas tan elocuentes, prorrumpió en desaforados gritos pidiendo la vida del sentenciado, y la muerte del joven Abdalá.

La autoridad del emir sofocada completamente por la irritacion ó mas bien la rabia que se apoderó de tantos miles de almas, era impotente por sí sola para imponer silencio y mucho menos impedir que pasasen á vías de hecho como ya algunos lo intentaban contra el caballero recientemente acusado.

—Que se corte la cabeza al falso calumniador!... Ahí está el verdugo, entregádselo, muera el infame!

Estas eran las voces que mas descollaban de entre la gritería popular.

La guardia morisca cargó á la multitud de órden de la autoridad, y la tranquilidad, la calma y el silencio se restablecieron pasado un largo rato.

¡Son tan terribles, tan amenazadoras, tan inponentes las conmociones populares!

Ese sentimiento de compasion, de noble generosidad

qué tan arraigado se halla en los pechos de la gente del pueblo, es indomable cuando lo escita una escena como la que acabamos de describir líneas mas arriba. La cólera se subleva hirviendo sobre todas las pasiones y sentimientos, é impelido por ella, es capaz de lanzarse á cometer los mayores desvarios y cruentas cuanto sanguinarias escenas.

Hé aquí lo que sucedió á aquel pueblo que presenciaba tan inesperado desenlace; sorprendido por la hermosura, virtud y talento de nuestra heroína, hubiera sido capaz en un instante de despedazar al calumniador Abdalá y á cuantos le hubiesen defendido.

El Emir, en vista de lo ocurrido y plenamente convencido de la verdad del caso, dispuso inmediatamente se asegurase al jóven Abdalá y se le trasladase, protegido por una gruesa escolta, á la cárcel pública, y ordenó al mismo tiempo la reunion del tribunal bajo su presidencia.

El inmenso concurso ansioso de ver terminado un asunto que llamara tan vivamente su atencion y curiosidad, siguió á las literas de la comitiva que habian tomado la vuelta hácia el real palacio.

Los patios, azoteas, galerías y salones de este edificio fueron instantáneamente invadidos por la impaciente muchedumbre.

El tribunal se constituyó en el momento: los nobles Albayaldos y Abdalá ocuparon sus asientos de acusador y acusado; sólo que esta vez se habian trocado los papeles.

Poco tenia que discutir el tribunal acerca de la cuestion: públicamente se habia acusado á Abdalá de calumniador y de falso impostor, y públicamente él mismo se habia confesado culpable de tan grande imputacion: no podia dudarse nada, puesto que los mismos jueces y el inmenso pueblo que obstruía en aquel instante los cuatro ámbitos del real palacio, habian sido testigos de la confesion de Abdalá.

La verdad no puede estar oculta mucho tiempo: puede á fuerza de infames manejos y artificiosas cábala, sofocarse por el pronto, mas siempre y cuando menos se espera, levántase incólume, resplandeciente, oscureciendo en el instante con su vivo fulgor, la infernal mentira.

Hé aquí lo que sucedia en este acto público tan digna como heroicamente representado por esa muger. cuyo marido iba á serle arrebatado por el furioso huracan de la calumnia.

Mirad á ese vil calumniador por un instante radiante de satisfaccion por su ficticia victoria, caer en el fondo del abismo por el insignificante soplo nacido de los labios purpurinos de una débil muger. Miradlo confesarse vencido y acusado por sus mismos labios al proferir su primera palabra. *¡No conozco á esa mujer!!!* puede darse confesion mas esplicita y que lo envolvía instantáneamente entre los múltiples pliegues de un sudario mortuorio? ¡Ah! el triunfo de la calumnia es soberanamente efímero y transitorio; el de la verdad es eterno.

Mirad á esa mujer con su dignidad de reina, con su peregrina hermosura, con su mirar de fuego, con su lujoso atavío, con su voz dulce y sonora presentarse con la frente enhiesta y coronada con la aureola de la inocencia, ante ese hombre que se creia invencible!!! miradla verter torrentes de perlas de sus labios de rosa, por que tales eran sus palabras, y confundir y deslumbrar con la primera de ellas á su insensato adversario! qué hermosa y que bien representada estaba la estatua de la inocencia, por esa muger bella y encantadora!

El Emir, presidente del tribunal, despues de una breve discusion, ajitó la campanilla, y el silencio fué restablecido en el momento.

Su voz clara y penetrante se dejó oír, y era ávidamente escuchada por todos los que la oían.

El tribunal, dijo, ha acordado en vista de todo lo ocur-

rido, revocar la sentencia anteriormente pronunciada contra el muy noble caballero Albayaldos. Esta sentencia, que el tribunal retira con placer por haber sido sorprendido y vilmente engañado, la deja caer sobre la *cabeza* del calumniador que le está oyendo, que ocupa su verdadero asiento, es decir, el del acusado, y que se llamaba hace unos instantes, el muy noble caballero Abdalá. Este antes caballero se ha envilecido por su infame proceder y será decapitado por la mano del *verdugo*.

Un murmullo sordo de aprobacion salió de la inmensa multitud que presenciaba tan imponente acto.

El Emir prosiguió.

—Mas como quiera, y se hace preciso oír al reo, antes de ponerse en ejecucion la sentencia, preguntamos al acusado, si es cierto todo lo que esa señora ha proferido contra él: el tribunal vería con deferencia cualquier descargo que lo aliviase de la gravísima acusacion contra él fulminada.

—Abdalá, ¿teneis algo que alegar en vuestra defensa? no desvanecereis el monstruoso cargo que se os hace? contestad:

—No puedo alegar nada en mi def-nsa; contestó Abdalá con voz temblorosa y sin levantar los ojos del suelo. Esa señora ha dicho la verdad: no he podido conseguir verla durante mi estancia en Sevilla: está inocente y yo soy el verdadero culpable: me someto de buen grado al rigor de la ley.

Pues entonces, decid; ¿cómo os habeis proporcionado esas pruebas tan auténticas y verdaderas como presentasteis hace dias ante este tribunal, sino habeis visto à la esposa del caballero Albayaldos?

—Me valí para conseguirlas de medios infames.

—Explicaos.

—Una muger anciana à quien no conocia, se me presentó á los pocos dias de mi llegada á Sevilla y me ofreció, despues de enterada de mi pretension, propor-

cionarme esas pruebas: yo, completamente desorientado y perdida toda esperanza de llegar al colmo de mis deseos, la recibí con los brazos abiertos y puse à su disposicion una gran cantidad de dinero con tal de que coadyuvara à la realizacion de mi intento. Aquella muger, que ahora lo conozco, debia de ser Satanás en persona, puso en juego toda su astucia y logró penetrar en el interior del palacio del caballero Albayaldos y tomar todos los apuntes que yo presenté como míos y los rizos de cabellos que cortó à la esposa de este, que tambien presenté. Estas pruebas me fueron entregadas por la anciana intriganta, y yo en cambio la entregué la cantidad estipulada: declaro, pues, solemnemente que la esposa del caballero Albayaldos, es inocente.

—Y decidnos, ¿quién es, cómo se llama, en dónde habita esa arpia en figura de muger que se puso à vuestras órdenes?

—Repito, que no la conozco: se llama, Mehamela, y habita en una ruिनosa casita que dà frente al lado izquierdo del palacio del caballero Albayaldos, que forma la calle del «Eden» que desemboca en la plaza de Yacúb-Yusub.

—Basta: el tribunal sabe ya lo necesario para obrar con justicia. El público puede retirarse.

La guardia real morisca despejó el palacio de la muchedumbre que le invadia. El reo Abdalà fué trasladado à la càrcel pública que se hallaba situada en la torre de la «Mar muerta.»

El tribunal siguió constituido y aprobó la sentencia que líneas mas adelante profirieron los lãbios del Emir presidente.

Al tercer dia de estos acontecimientos Abdalà sufría la pena capital en Córdoba; y à los siete dias tambien la sufría quemada públicamente, la vieja Mehamela en la ciudad de Sevilla, como instrumento principal de tan enojoso trance calumnioso.

Inútil es decir que el caballero Albayaldos amaría en lo sucesivo, y estimaría en lo que valía, la virtuosa conducta de su hermosísima esposa.

La calumnia, pues, es como el relámpago: *que brilla mucho, pero dura poco.*



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



RELACION


DE LOS

SEÑORES SUSCRITORES

QUE PERSONALMENTE Ó POR MEDIO DE SUS AMIGOS

SE APROXIMARON AL AUTOR, OFRECIENDOLE SU SUSCRICION

PARA QUE ESTA NOVELITA SE IMPRIMIESE.

- 
- D. Acisclo de Sierra.
» Pedro Ibañez.
» Queremon Prat.
» Manuel María Cosp.
» M. R. P. Fr. Manuel de Rivas,
» Alejandro Rocés.
» Pedro Soler.
» Federico de la Matta.
» José de Garchitorena.
» Angel Vallejo.
» Juan Reyes.
» Felix Gonzalez (hijo.)
» Gregorio Vico.
» Plácido Estevan y López
» José de Enciso.
» Federico Prieto.

JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

- D. Francisco Mortera.
» Antonio Nogués.
» Francisoo Sanchez.
» Ramon Couder.
» Juan Nepomuceno Sevillano.
» José María Soler.
» Pedro Iñiguez.
» Vicente de Azas.
» Manuel Dominguez.
» Manuel Escolar.
» Antonio Perramon y Alejandro.
» José María Zamorano.
» Fernando Lopez.
» Ignacio Zaragoza.
» Dario de Ormaechea.
» Antonio de Lara.
» Juan José Ozóres.
» Juan Fernandez y Gainza.
» Sebastian Mijares.
» Luciano Oliver.
» Luis Vallarino.
» José Gabarron.
» Pablo de Camacho.
» Francisco Hernandez.
» Manuel Pereira.
» Antonio Valdes, y Ulloa.
» Antonio Sanchez y Adrian.
» Antonio Gonzalez.
» Mariano Caramanzana.
» Juan Villegas.
» Tomàs Gonzalez.
» Enrique Viglietti.
» Rafael Zaragoza.
» Manuel Espeso.
» Genaro Rionda.
» Dominador Generoso de Quintana.
» Andrés Nieto.



Conservatorio de la Alhambra y Generalife
COMISIÓN DE CULTURA

- D. Ignacio Laguna.
» Gervacio José Sierra.
» Matias Baza.
» Ramon Abrahán.
» Venancio Sainz.
» Juan Sainz.
» Juan José de Marcaida.
» Vicente Lecaros.
» Matti y C.^a
» José Ortiz.
» Guillermo Borries.
» Angel de Marcaida.
» Benigno Corrales.
» Juan Ulderigo Meily,
» R. Seuyeer.
» Un amigo de D. Angel de Marcaida.
» Bm. Sturgis.
» M. N. Noval.
» E. P. Denis.
» Manuel Reyes.
» Beny.^a Bests.
» José Cucullo.
» R. R. Heeng Hielf.
» R. Rochernighand.
» Roojerd.
» Alistum.
» Phoy Caid.
» Sr. Cohnstoud
» N. A. Recch.
» Rafael Diaz Arenas
» Marcelino Bedoya.
» Eduardo Breton.
» Federico de Lerena.
» Rafael Saenz de Tejada.
» Francisco Lahora.
» Ricardo de Ibarreta.
» Pastor Diaz de Argüelles.



Biblioteca Municipal de la Alhambra y Generalife
BIBLIOTECA DE CULTURA